

EL PIANO

CARMEN LAFORET

CAPITULO I

Aquel año había llegado muy pronto el calor. Era a principios de junio y el aire quemaba a mediodía.

La luz cegaba los ojos al rebotar en el cemento y la cal de las fachadas, en el asfalto polvoriento, que se resquebrajaba por algunos sitios, dando una impresión miserable. Se echaba de menos el canto de las chicharras en aquella pequeña calle de la ciudad, que ya estaba cerca del campo. Toda una acera estaba bordeada por la tapia de un solar, sobre el que gravitaba un cielo deslumbrante, casi negro. En la otra acera, un monstruoso bloque de viviendas baratas recibía aquel baño de calor y sus infinitas ventanas llameaban.

Un ser humano, un chiquillo andrajoso, salió despedido de una de las puertas del edificio, y su figurilla parecía agrandar las proporciones de aquel mundo silencioso que lo envolvía; parecía aumentar el angustioso calor, y la soledad.

El crío se refugió en un filo de sombra bajo la tapia del solar. Hasta llegar allí la luz era tan intensa, que impedía ver la vieja vendedora de caramelos, siempre en su puesto, al lado del tenderete, donde su mercancía estaba protegida contra las moscas por una tarlatana de un agrío color rosa.

— Un pirulí.

— ¿Traes los cuartos?

— Mire.

La vieja no se fiaba nunca de los chiquillos, aunque solía sonreírles por encima de sus pómulos tostados, que, invierno y verano, recibían la caricia del aire libre. La vida — según solía contarle a una de las vecinas de la casa — le había enseñado mucho. No es que estuviese amargada — las rayitas simpáticas que le cruzaban alrededor de ambos ojos hacían entender bien a las claras que su dueña se había reído mucho en la vida —, pero no se fiaba de las criaturas que le venían a comprar, porque ya le habían hecho más de una faena.

— Ya ve usted, señorita Rosa, quince años vendiendo en esta esquina...; que he visto construir esa casa, y todo... A mí ya no hay quien me engañe, señorita Rosa; porque esto es lo único que yo tengo para vivir..., y que no me falte. Lo mejor que yo tengo es la salud, que puedo decir que no he estado nunca enferma desde que estoy vendiendo aquí, en mi puesto, a pesar de que he cogido buenos hielos en las espaldas... Pero arrimándose, en verano a la sombra y en invierno al sol, yo creo que no hay vida más sana que esta de estar al aire libre.

La señorita Rosa escuchaba con gusto estas confidencias.

Era la única vecina del bloque de viviendas a la que la vendedora daba este tratamiento. Era una criatura joven, siempre sonriente. Demasiado flaca para ser bonita, y que tenía la rara virtud de parecer bien vestida siempre, aunque esto no fuera verdad.

Una verdadera señorita.

Así la había calificado la vieja, años antes, cuando ella vino a vivir al bloque de cemento. A su alrededor se levantaron murmuraciones desde el primer momento. Había en ellas, en aquella señorita Rosa, algo indefinible, algo incalificable y molesto. No tenía tipo de perdida y vivía con un hombre joven y guapo, que, al parecer, era su marido... Pero ahí estaba lo extraño: en que siendo su marido aquel buen mozo, no ocultase, a los ojos vigilantes de la calle, una adoración, una ternura casi vergonzosa por la mujercita flaca y fea, que casi desaparecía debajo de sus hombros cuando iban juntos. El matrimonio solía tener criada, sobre todo desde que les nació un niño, ya que la señorita Rosa trabajaba fuera de casa; y las criadas confirmaban las extravagantes conclusiones a que llegaba la vecindad al verlos juntos.

— Ella es la que manda... Ella hace lo que le da la gana. Él es un cordero para ella... Para mí que no están casados.

— Pero, ¿qué le ve?

La indignación era que la protagonista de aquella historia de amor fuese tan fea, tan poquita cosa, tan retaco. Además, con aquella cara lavada, con aquel aire sencillo..., ¡se atrevía a fumar!

Si hubiera sido una "entretenida", según todas las reglas establecidas por la costumbre, aquello de fumar no hubiera tenido importancia. ¡Pero una mujer que, pese a todos los pesares, parecía honrada y cuyo marido no tenía vicios!... Estos detalles eran enloquecedores.

La vieja de los caramelos, que vendía cigarrillos sueltos y de la que por eso era cliente la señorita Rosa, había afirmado, al pronto, que los cigarrillos eran para él. Pero hubo que desengañarse. La señorita Rosa fumaba y su marido no.

Hubo un detalle chusco, relacionado con esto de los cigarrillos, un detalle íntimo, que provocó muchísimos comentarios entre las vecinas, que causó risa, indignaciones y..., cosa rara, también algunas débiles simpatías entre las mujeres del barrio.

Fue el día en que nació el niño de aquella mujer. Aquel embarazo, como todo lo que se refería a la pareja, fue seguido con gran curiosidad. Las mujeres más experimentadas opinaban que una criatura tan estrecha no valía para esos menesteres, reservados a las mujeres de verdad.

La criada que por entonces había tomado fue interrogada sobre el asunto, y daba gustosamente toda clase de detalles.

— No le hace ni una chaqueta de punto al niño; no sabe coser... Es como un marimacho.

— Bueno, bueno...; ahora aprenderá, ahora verá lo que es bueno... Ya se le quitarán los humos cuando le llegue el momento.

Porque, en verdad, lo que la calle entera encontraba insufrible en la señorita Rosa era aquel aire de felicidad perpetua, aquella especie de reto de su sonrisa, como si fuera distinta de todas, como si a ella no le rozara la miseria, ni el dolor, ni la angustia... Y

era tanto más imperdonable, cuanto que era pobre, pobrísima. Si hubiera tenido dinero, si hubiera sido aunque no fuera más que "de buena familia", aquello se hubiera explicado. Pero los orígenes de la señorita Rosa y de su marido se perdían en el misterio. La criada afirmaba que no tenían parientes y que, desde luego, dinero no tenían más que el poco que ganaban.

— Ahora, ahora sabrá ésa lo que es bueno — comentaban la frutera y la lechera al verla pasar, del brazo de su marido, en aquellos días en que ella esperaba a su hijo.

La vieja vendedora escuchaba estas palabras, veía la fruición con que se pronunciaban y movía la cabeza.

— Bueno...; ¿pues no decían ustedes que no valía para eso?... Ella está tan contenta. ¿Qué hay de malo?

La frutera y la lechera opinaron que la señorita Rosa iría a una clínica, para el acontecimiento; pero la criada informó que no tenía bastante dinero, y que habían pensado en la Maternidad, y luego, en que todo sucediese en casa. Y al fin, un día se vio pasar a la matrona, Julita, conocida de todo el barrio...

Como ellos vivían en uno de los áticos de la casa, aquellas tenderas y otras muchas mujeres subieron las escaleras varias veces para "ofrecerse", siendo suavemente rechazadas por el marido. Y no había manera de enterarse de la marcha del acontecimiento hasta que apareció en la calle la criadita!.

— ¿Qué? ¿Cómo va?

— ¡Ayl Yo no sé nada... Yo soy soltera... Yo vengo a por un recado. Doña Julita dice que va bien.

— Pero, bueno, ¿te mandaron por alguna medicina?

— ¿A mí?... No; yo vengo a por tabaco para la señorita.

— ¿A por tabaco?... ¡Ave María!... Pero ¿tiene humor esa mujer...?

— Sí; dice que así, fumando, puede no quejarse.

— Y ¿no se queja?

— No.

Entonces fue cuando a la vendedora de caramelos le dio aquella risa que le arrugaba los ojos sobre las mejillas curtidas y le hacía saltar las lágrimas.

— Yo siempre dije que tenía aguante.

Y desde entonces, a la vendedora, la señorita Rosa le pareció algo suyo. Era inexplicable, pero cuando la veía aparecer, con sus blusas limpias y su sonrisa inmutable, a la vieja se le alegraba el corazón. Y se alegraba de que el niño fuese hermoso y bien cuidado, y se alegró y se ahuecó toda cuando, poco después, un acontecimiento notable hizo que la gente del barrio empezase a mirar al matrimonio con un nuevo respeto... El día en que, hasta al ático donde ellos vivían, fue izado, con infinitos trabajos, un espléndido piano de cola.

— Parece que son de gente rica venida a menos... El piano es una herencia... Y, además, ella lo toca... Son artistas.

Inexplicable; pero, desde aquel día, la señorita Rosa encontró muchas más sonrisas en los saludos de las vecinas. Una nueva cordialidad, que ella apreciaba quizá porque sonreía también con dulzura... O que, todo era posible, no tuviera en cuenta, porque su gesto siempre había tenido la misma amabilidad y la misma lejanía que ahora.

— Yo siempre lo dije. Siempre dije que era gente de mucha altura...

— Sí, es verdad; se ve que son finos. Y ellos, los pobres, pasarán sus apuros; pero no deben nada a nadie; ésa es la verdad...

"Los pobres..." Esta frase compasiva que ahora les aplicaban, les envolvía, sin que ellos lo supieran, en una aureola cariñosa y respetuosa a la vez. Era un fenómeno inexplicable, pero el piano de cola, en aquella casa-colmena, donde había más de cien aparatos de radio, era un orgullo, y daba a toda la calle como un aire de señorío...

Aquel día de principios de verano, la vieja vendedora suspiró, distraída mientras despachaba su pirulí al muchacho. Estaba pensando, precisamente, en la señorita Rosa. La había visto salir, muy temprano, de la casa, y no se había acercado a saludarla siquiera. Sabía la vieja que llevaba pasando una mala temporada. El marido había estado enfermo, el niño también. Por primera vez empezaron a deber dinero en las tiendas de la vecindad...; ¿qué se iba a hacer? Ella seguía sonriendo. Y según la criada, tocaba su piano y recibía a aquellos extraños amigos que tenía el matrimonio, con la misma tranquilidad de siempre. El chiquillo del pirulí volvió a meterse en la casa, y la calle quedó otra vez alucinante y vacía a los ojos de la vieja. De la puerta de la lechería, cubierta con una cortina, se escapaba un horrible olor agrio y fétido. No cruzaba un alma por la acera.

Fue en aquel momento cuando se oyó la bocina de un automóvil, la trepidación de un motor, y apareció allí, en la pequeña calle, abandonado al rigor del sol, un camión de mudanzas.

Paró delante de una de las puertas del edificio. Se bajaron unos hombres y preguntaron algo. Inmediatamente empezaron a temblar las cortinas que protegían las puertas de la frutera y la lechera. Apareció el zapatero remendón de la esquina, y las puertas comenzaron a vomitar chiquillos.

Se abrieron algunas ventanas.

Era la hora de la vuelta del trabajo. En cinco minutos aquel rincón desolado se convirtió en un sitio concurrido. Hombres y mujeres, sin miedo al sol, veían las operaciones de los mozos de la mudanza. Se llamaban unos a otros, hacían comentarios.

La vieja vendedora, quieta en su silla, aguzaba el oído.

— Caray, sí ¡ya era hora!... Me debían más de veinte duros...

— Y bien que se los pagaron a usted ayer, señora...

— Ya lo creo. Ahora me lo explico... Han vendido el piano...

La vieja vendedora aguzaba el oído desde el principio, para enterarse de lo que chillaban aquellos dos energúmenos; la frutera y la lechera; pero al oír la palabra "piano", ya no tuvo la menor duda de lo que se trataba.

Con unos zorros de papel, la vieja espantó, nerviosamente, las moscas que insistían en posarse sobre la tarlatana protectora de sus dulces...

"¿Un piano?... Y ¿qué importa que vendan un piano?... Pues vaya — gruñó para sí —. Cualquiera diría que sin piano no se puede vivir... Pues me han fastidiado esas mujeres con tanta risa... Las muy brujas se alegran... Pues vaya..."

— ¿Qué le pasa, señora Gertrudis?

El zapatero remendón estaba delante de ella.

— ¿A mí? Que me molesta la gente que comenta lo que no le importa, eso me pasa.

El zapatero se echó a reír. Tenía los dientes muy negros.

— Vaya, señora Gertrudis, ni que le diera a usted de comer esa señorita del pan pringao...

Gertrudis no contestó. Se le había ocurrido una contestación disparatada, de todo punto disparatada, y pudo contenérsela. Pues, ¿no había estado a punto de decirle a aquel hombre que ella quería a la señorita Rosa como si fuera su hija?... Y ¿de qué conocía ella, la vieja Gertrudis, a aquella muchacha? De nada, ésa era la verdad; de verla en la calle, durante años, en cortos ratitos, siempre sonriente...

En aquel momento, de los espectadores se escapó un rumor, como un pequeño mar que alborotara el oleaje. Allá arriba, en la terracita que adornaba uno de los áticos, acababa de aparecer el mueble, protegido por mantas.

Había una especial fascinación en seguir el trabajo de aquellos hombres. Un trabajo primoroso, como de equilibrista de circo. Un trabajo que se apreciaba a pesar del calor, el polvo y la sed del día...

Gertrudis suspiró. Se sonó con su gran pañuelo blanco y apartó la vista de aquellas alturas.

Entonces vio que en una esquina de la calle, allí, bajo el filo de sombra de la tapia del solar, muy quieta, inadvertida, estaba la señorita Rosa.

La vieja la vio, inmóvil, fascinada. Tenía en la mano muchos paquetes. Vio que no pestañeaba, mientras el lujoso mueble descendía... Siguió allí quieta, mirando, hasta que estuvo el piano ya dentro del coche de la mudanza. Hasta que este mismo coche arrancó de allí, y los vecinos se disolvieron, huyendo de una insolación... Luego vio cómo suspiraba, y se disponía a entrar en la casa.

Pero antes se volvió hacia ella, hacia la vieja Gertrudis, y le dedicó una sonrisa.

CAPITULO II

Rosa se metió en el portal, con cierto desánimo. Aquella sombra fresca, bienhechora, le acarició las piernas, el pecho, los pómulos ardorosos. Parpadeó para acostumbrarse a la relativa oscuridad y pudo ver, al fin, un panorama muy conocido. El largo zaguán, parecido a un pasillo, con la garita de la portera, que allí la acechaba, sin disimular su curiosidad. Rosa no la había visto. Estaba ocupada en contar sus paquetes, cuando asomó la cabeza de aquella mujer.

— ¿Se encuentra mal, señorita Rosa?

— No, por Dios, gracias... Hace tanto calor... ¿Verdad?

— Sí, señorita, cuándo vienen malos tiempos todo parece qué agobia más...

Rosa la miró, sorprendida, como si por primera vez viese a Juana, la portera. Consideró su estatura alta, su pecho fuerte que había amamantado a varios hijos, sus descuidados cabellos negros, que hubieran sido bellísimos si no hubiesen estado llenos de polvo, y aquellos ojos grandes, brillantes, que achicaba al hablar. Se fijó en sus manos, una de las cuales sostenía la escoba, y otra se apoyaba en el marco de la puerta de su cuchitril. Eran unas manos morenas, descuidadas, de forma bella, como —pensó Rosa, sorprendida— todo en aquella mujer, pero tenía las uñas rotas y negruzcas. Rosa no sabía por qué la estaba mirando con tanta atención. Le parecía que aquella mañana no había hecho otra cosa que mirar fijándose de esta manera, a los

seres y a las cosas con los que sus ojos habían tropezado. Y en aquellos segundos la portera la miraba también, esperando. Rosa reaccionó.

— ¡Ahí... Los malos tiempos... Bueno, no sé...

Como todo lo arreglaba sonriéndose, se sonrió, y fue Juana la que quedó un poco cortada con aquella sonrisa distraída, y aquella chispa luminosa de los ojos de la señorita Rosa. Siempre pasaba igual; cuando iba a preguntarle algo, aquella mujer se le iba. Y no se podía decir que fuera orgullosa, ni nada parecido. Era que no podía uno pegar la hebra con ella por nada del mundo...

Rosa llegó hasta la escalera. Su escalera... Un sitio bien conocido, y hasta querido, si la apuraban mucho. Una escalera fea, con escalones de cemento y frágiles barandillas que retemblaban al paso constante de la chiquillería de la casa. Siempre estaba sirviendo de escenario aquella escalera a representaciones de películas de "gangsters", tiros imitados con la boca, peleas reales, realizadas por crios mocosos, de ojos furibundos. Al hijo de Rosa, que tenía cinco años, aquellos diablillos le llamaban "el gallina" una vez, y otras "el santito", porque su madre no le dejaba mezclarse en estos juegos.

Ahora la escalera estaba solitaria. Por las ventanas que le daban luz se veía un patio grande y sucio, lleno de ropa tendida. De aquel patio llegaban voces, risas. Pero sobre todo chillidos de aviso para la comida del mediodía, y olores de esta misma comida. Los diablejos, pobladores de aquel mundo, propietarios de feroces nombres de bandidos, estarían sentados a la mesa, frente a la cazuela de las patatas.

Por estos mismos diablos, la escalera estaba adornada, en su pared, con dibujos torpes y algunas palabras y avisos de una ingenua obscenidad.

Rosa, que contra su costumbre, la subía muy despacio, se entretuvo en descifrar aquello.

No le eran antipáticos en manera alguna aquellos crios de su vecindad. Y ellos, cosa rara, la querían. Siempre había tenido un atractivo especial para aquellos niños. Quizá porque en los primeros tiempos de vivir allí les compraba caramelos.

Pero, reflexionó, no por esto... Se los compraba porque eran tan graciosos.

Hacía ya seis años que vivía allí, y los primitivos chiquillos favorecidos con sus caramelos eran ya talluditos. Algunos hasta trabajaban. Los nuevos, que habían venido a reemplazarlos, jugaban exactamente a lo mismo... Y ella tenía la impresión de que también la querían, aunque le guardasen rencor porque tenía apartado a su hijo. A veces, ella misma se lo había reprochado. Sabía que el pequeño Pablo se mordía los puños de rabia con aquellos apelativos de "gallina" y "santito", y que deseaba enormemente correr por las escaleras, y pegarse, y vivir gloriosamente con aquella feliz patalea.

Rosa misma, de pequeña, había jugado a bandidos, y podía comprender muy bien la alegría de un vestido sucio y roto después de una tarde de juego feliz... Pero no era esto. Lo que Rosa no quería para su niño, ahora lo sabía, era ese deseo de brutalidad, ese afán que convertía en héroes a los malos. Una vez lo había hablado con Rafael, su marido. Cuando ellos eran pequeños iban al "cine" como estos chiquillos, y de las películas tomaban sus héroes y sus malvados... Y se peleaban y herían...; Rosa y Rafael habían jugado así, en la calle de una pequeña ciudad, casi un pueblo, donde, al menos durante la infancia, no había clases sociales ni diferencias de educación... Una

vez, Rosa misma, había herido a Rafael con una piedra... Rosa, descuidadamente, se sentó ahora en uno de aquellos sucios escalones, y dejó los paquetes a un lado... Estaba cansada. No sabía por qué estaba cansada. Pero sonreía a su recuerdo. Maquinalmente buscó en su bolso, y sacó de allí un cigarrillo. Lo encendió... La escalera estaba solitaria, oscura, casi fresca. ¿Qué hubiera pensado un vecino al verla así, sentada en ella, fumando?

Era muy propio de Rosa hacer tonterías de éstas. Luego Rafael se enfadaría, con razón. Pero ella no se daba cuenta, en absoluto, de sus gestos, ni tampoco de por qué se hacía tan larga la subida hacia su casa, ni de por qué retardaba aquella llegada, cuando siempre había subido casi en un vuelo, anhelante por besar a Rafael y al niño, un poco asustada de su desorden, de su incapacidad para medir el tiempo, que siempre le hacía pensar que llegaba tarde. Aquel día era más tarde que nunca para la comida. La buena de Luisa, la criada, gruñiría lo suyo... Pero Rosa no pensaba en esto. Estaba sentada en los escalones, fumando y recordando su infancia en aquella ciudad de provincia, y de sus peleas con la chiquillería, y la herida que hizo a Rafael con una piedra.

"Pero es que él era el bandido."

Se sonrió. Quizás allí estaba la clave del asunto, el porqué no quería ella que Pablito jugase con los crios del barrio, como ella misma y Rafael había jugado. En sus tiempos, ser el bandido era lo más desagradable del juego. Todos querían ser héroes buenos, justicieros, limpios... Era el tiempo de las películas de americanos y de indios en que, siempre, una joven inocente y pura era salvada de las garras de unos felones por un héroe maravilloso y bueno... Ahora el héroe era el pirata o el "gángster", y el malvado o los malvados y ridículos, los policías... Desaparecía la caballeridad. Lo importante era conseguir dinero... El cigarrillo se le apagó a Rosa entre los dedos. Oyó un portazo. Se puso en pie, asustada. Era la misma loca que de costumbre. Empezó a recoger sus paquetes...

— Vaya, bien se ve que ha ido usted de compras.

Un vecino bajaba en aquel momento. Verdaderamente, debería de ser muy tarde, si ya era hora de volver al trabajo.

Rosa asintió. Sí, había ido de compras. Pero por primera vez en la mañana este pensamiento no le causó alegría, ni le iluminó los ojos con una sonrisa... Aquella mañana había bajado las escaleras sintiéndose ligera y feliz. Ahora las subía como si tuviera plomo en las rodillas. Temía la llegada a su casa, por primera vez desde que vivía en aquel piso. Suspiró. Dios sabría por qué.

CAPITULO III

Aquel amanecer había sido venturoso. Rosa estaba despierta desde que la primera luz, toda inflamada de un color rosa que hacía presentir el calor, de pequeñas nubes, como plumillas de fuego, de chillidos de golondrinas, entró por la ventana abierta de par en par.

Rafael dormía a su lado, en paz. Lo estuvo mirando; de codos sobre la almohada, inclinada sobre su sueño, como sobre el sueño de un niño. Le conmovía a ella la línea

ingenua de su boca, la bien formada estructura de su cara, su frente limpia como la de un adolescente.

De las pocas cosas que se pueden saber de los seres que amamos, son a veces los sueños de estos seres, si ellos también nos aman. Rosa conocía los sueños de Rafael, las ilusiones un poco pueriles que subían detrás de aquella frente amplia, y que ella contribuía a alimentar, muchas veces, sin compartirlas... Y en esto sí que se sentía ligeramente culpable Rosa. Suavemente, casi sin querer, sin que Rafael se diese cuenta, ella había ido limando las ambiciones de aquel hombre... Alimentándolas con palabras, y limándolas, al mismo tiempo, con su falta de deseo de que se realizaran. Estas dos cosas pueden hacerse a la vez.

Rafael deseaba ser rico y famoso un día, y a ello le parecía consagrar su vida... Y Rosa le decía que nadie más capacitado que él para serlo; pero al mismo tiempo le acostumbraba a la oscura felicidad de ser pobre, a la beata felicidad de pasar oscuro e ignorado por la existencia.

Rafael había dejado su ciudad de provincias, el porvenir seguro y cómodo del comercio que tenía su padre en aquella ciudad, y se había venido a la capital, sin más preparación que una cultura adquirida heroicamente, casi en soledad, en horas interminables de lectura y proyectos. Deseaba ser escritor, y escritor de primera categoría, naturalmente. Había enviado un cuento a una revista avanzada y había ganado el primer premio de un concurso. Fue entonces cuando su cabeza empezó a hervir de proyectos; cuando rompió con la paz asustadiza de su familia, cuando dejó a Rosa, la novia de su infancia, y se vino a la capital, dispuesto a conquistar el mundo. Él no quería fama, sino dinero. Le gustaban las cosas bellas, las mujeres elegantes, los automóviles silenciosos que hacen ir, como en un vuelo, adonde se desea.

Se creía capacitado para adquirir todo esto... Pero eso sí, con la mayor pureza. Sólo por medio de la fama que pudiera darle su arte.

Era un muchacho tan bien plantado, con una sonrisa tan blanca y luminosa, con unos ojos tan limpios, que despertaba simpatía y burlas a la vez. No podía él explicarse este fenómeno, y muchas veces hasta había sentido un infantil resquemor de lágrimas en la garganta cuando había oído el comentario burlón.

—Pobre hombre, con esa salud, con esa talla... Usted donde tiene porvenir es en el boxeo, o como artista de "cine"... ¿De veras no se ha hecho probar nunca a ver si sirve?...

Salud, belleza, juventud... Llegó a aborrecer estos dones que de nada le servían para sus deseos. Aceptó un pequeño empleo de oficinista que le dejaba horas libres, y conoció una heroica pobreza, y él que en nada quería claudicar, transformó su estilo literario según las últimas modas y corrientes de su círculo de intelectuales de café... Y no logró nada. Después del primer éxito, nadie lo tomó en serio.

— Pero, hombre — le decían los guasones —, la culpa es de ese físico de divo que tienes... No inspiras respeto ni miedo.

Rafael, aunque allá en su fondo estaba creyendo que lo que pasaba era sencillamente que él era idiota, reaccionaba a estas cosas con una vanidad herida, chillona, cómica. Por aquel tiempo fue cuando encontró de nuevo a Rosa, convertida en universitaria. Parecía ser todo lo contrario que él mismo, y la quiso otra vez.

Parecía imposible que aquella chiquilla flaca fuese la imagen del éxito personal. Pero así era. Tenía un círculo de amigos que la querían y que la admiraban. No se sabía por qué; porque ella concretamente no ambicionaba nada. En aquel ambiente suyo de artistas incipientes, ella era la única que no se había propuesto ni pintar, ni escribir, ni esculpir, ni nada... Pensaba terminar su carrera y después ver qué pasaba en la vida. Eso le dijo a Rafael, y más tarde él supo que también Rosa vivía mal. Era huérfana y becaria, estaba enfadada con una tía rica, su único pariente, por su demasiado afán de independencia.

— Bueno, te diré... Ella está enfadada conmigo. Yo no estoy enfadada con ella... Sólo que no quiero vivir en su casa, porque aquello es un aburridero. Algunas veces voy a visitarla porque me da pena. Y ¿sabes en qué consiste la visita?... En que me hace tocar el piano... ¿Has visto absurdo mayor? Yo lo hago de una manera horrible. Todavía me acuerdo de las torturas a que fui sometida en mi infancia y adolescencia, sólo porque era lo clásico que una niña de nuestra ciudad supiese teclear... No tengo ni gusto, ni disposición, en absoluto... Y como me encanta la música, por otra parte, me parece que hago un crimen, que la asesino... Pues eso es lo que la buena señora encuentra aceptable en mí: que sepa tocar su piano.

Y Rafael, cuando Rosa le contaba esto, ya había decidido casarse con ella... Algo extrañamente sensato empezaba a madurar en él, de modo que le preguntó:

— Te dejaré heredera, ¿no?

Rosa le miró con curiosidad mientras él enrojecía.

— Ni lo espero ni lo quiero, puedes estar seguro... No te hagas ilusiones.

Él se indignó.

— ¿Qué te has creído?

No hablaron nunca más de aquella señora, durante su noviazgo; pero fue la madrina, solemne y ofendida, en la boda...

Porque Rafael, con aquel cariño de Rosa, había recobrado alegría y fuerza, y quería protegerla. Logró un empleo algo mejor retribuido que el que tenía; ella encontró otro, y se casaron alegremente inaugurando aquel pisito modesto con dos o tres muebles de pino y mucha alegría.

— Ahora —dijo Rafael— podré triunfar... Tú eres de esas mujeres que hacen triunfar a un hombre. A ti no te importa pasarlo mal, con tal de que el día de mañana podamos tener todo lo que deseamos.

— Yo no deseo nada... Tengo todo lo que quiero.

Ésta es la diferencia. Él ambicionaba; ella se sentía colmada ya. Lo pensó aquella mañana al ver dormir a Rafael, a su lado, en la amanecida. Le parecía que iba a estallar de amor al mirarle, tan suyo, y tan abandonado en su fuerza.

Él hizo un movimiento. Tal vez la luz le molestaba en sueños. Rosa sintió que le latía el corazón. Luego vio cómo seguía durmiendo Rafael, y ella misma se volvió a echar suavemente en la cama, mirando al techo, con los ojos abiertos y dejándose invadir por aquella oleada de alegría y de paz.

"No sé por qué estoy tan contenta. No sé..."

Entonces recordó que tenía dinero. Recordó que ella, Rafael y el niño iban a tomar un mes de vacaciones en el campo. Recordó que la pesadilla de los últimos meses había pasado del todo... Por lo menos había pasado por el momento. Se sentía ligera como

quien respira después de haber llevado en los hombros una carga demasiado pesada. Y al mismo tiempo aquella felicidad parecía demasiado grande. Parecía que ahogaba sin remedio, que volvía la sangre demasiado pesada, que traía una ligera sombra en ella, no sabía qué, ni quería saberlo... Cerró los ojos para no pensar.

En aquel momento oyó una batahola horrible en la cocina. La criada, Luisa, encendía la lumbre. A poco, el niño se despertó. Sintió su voz gritando que le fueran a vestir. Las golondrinas, en la ventana, se volvían frenéticas de tanta luz que había ya, y en el piso de al lado, separada de ellos por un ligero tabique, una familia entera desayunaba... Era el ruido de todos los días, la vida de todos los días conmoviendo la pequeña casita, y sin embargo, resonaba distinta en el corazón. Tenía un sentido distinto. Un ritmo nuevo La puerta de la alcoba fue aporreada.

— ¡Que se levante!... ¡Que llega tarde a la oficina! Rafael se incorporó sobresaltado en la cama y luego sonrió, al ver que Rosa, a su lado, muy despabilada ya, sonreía.

— Ya lo oyes —dijo.

El aviso era para ella. Rafael estaba aún enfermo. En verdad, casi bueno. Pero el médico había prohibido toda clase de trabajo; al menos antes de que tomase vacaciones en el campo... Había perdido su empleo, después de varios meses de esperarle, sin sueldo... Si hubiese conservado su trabajo, Rafael habría ido a él, aunque no se encontrara bien del todo. Rosa lo sabía. Y aquel día se alegraba de que lo hubiese perdido.

— Quédate tú en la cama.

— Estás loca. Voy a trabajar un rato. Me parece que esa novela está saliendo...

A Rosa, sinceramente, también se lo parecía. Era muy posible que Rafael triunfase. Ella sabía más que nadie que él tenía dotes, que tenía imaginación y sobriedad escribiendo... Ella quería su éxito, pero sólo por la alegría que él pudiese sentir, no por las mil cosas inoportunas e infantiles que Rafael pensaba que vendrían cuando fuese un escritor conocido.

El niño tenía vacaciones y la criada le dijo a Rosa — mientras ella desayunaba en la cocina — que lo iba a llevar al mercado.

El mal genio de aquella eficiente Luisa, que les había tocado en suerte no hacía mucho, estaba aplacado esta mañana, porque, en verdad, la pobre, en los últimos tiempos había temido mucho no llegar a cobrar jamás sus sueldos; y con gran sorpresa suya, la noche anterior los había recibido íntegros, y un regalo además, por lo bien que se había portado durante la enfermedad del niño y de Rafael.

— Ande, ande, dése prisa...

Luisa gruñía. Tenía verdadera ansiedad por verla fuera de su cocina.

— No sé cómo no se ha desayunado en el salón... Rosa sonrió como siempre que oía esta palabra. En aquella casita chica había una habitación llamada el salón... Y hasta merecía su nombre y todo.

— No, hoy no... Me voy corriendo.

En un momento se le ensombrecieron los ojos verdes y brillantes que tenía. Luego se le volvieron a iluminar.

— Adiós... Dame un beso, Pablillo...

— ¿Cuándo nos vamos al campo?

— En seguida, muy pronto. Me voy a ocupar de eso en seguida.

— ¿Allí me vas a dejar jugar en la calle?

— ¡Ya lo creo!...

— Bueno, bueno, basta de mimos — cortó Luisa por lo sano —, que éste se va a volver raquíutico con tanto beso y tanto mimo...

Rosa no contestó en absoluto a esta salida de tono de la criada. Era muy raro, pero ella, tan valiente para otras cosas, a las criadas siempre les había tenido miedo. Sabía que la juzgaban agriamente. Que les parecía tonta e inepta en las cosas de la casa, que no comprendían el que un hombre "cabal" como Rafael se hubiese casado con ella. Lo que no sabía es que, además de ama de casa calamitosa, sus criadas la creyesen fea hasta un punto notable. Y se hubiese sorprendido mucho con esto, porque toda su vida había oído palabras halagadoras respecto a su propio físico, del que tenía una ligera e inconsciente vanidad. Y, sin embargo, era fea. Pero quizá en no saberlo residía aquel encanto que le encontraban los que la trataban.

Se desprendió, casi vergonzosamente, de los brazos del niño, y salió desde el pasillo oscuro al rellano de la escalera.

Cuando la puerta de su casa se cerró detrás de ella, sintió como un alivio inexplicable. "Voy a tomarme unas vacaciones", pensó.

No se trataba de las célebres vacaciones proyectadas... Era algo inmediato, apetecible de hacer. Un lujo maravilloso que iba a permitirse. Aquella mañana, decidió, no iría a la oficina.

CAPITULO IV

Bajó las escaleras radiante. Las mismas escaleras que se le iban a hacer interminables en su subida a mediodía, volaron entonces bajo sus zapatos. Las bajaba haciendo retemblar las barandillas como los chiquillos de la vecindad.

— ¡Se va a matar!

La advertencia, bastante agria, vino de una vecina, una mujerona enorme, cuyos labios estaban decorados con unos respetables bigotes grises. Aquella buena mujer subía resoplando y jadeando y la miraba con muy poca cordialidad.

— No hay cuidado — gritó Rosa alegremente.

Y en aquel momento resbaló en una cascara de plátano y, en efecto, estuvo en un tris de salir rodando. La barandilla contuvo la caída, y Rosa empezó a reírse, sofocada, mientras oía un comentario gruñón contra las personas locas.

Pero, en fin, ya estaba en la calle. En aquella gloria de día, que aún no era demasiado ardoroso, y, sin embargo, llenaba los ojos de luz. Con todas aquellas horas para dejarse vivir en ellas, para vagabundear.

Hacía mucho que Rosa no podía hacer esto. Vagabundear. Ir de un lado a otro a placer, sin objeto... Y ¡cuánto le gustaba!... Una de las cosas que le habían determinado a no vivir con aquella señora imponente que era su tía, había sido su incomprensión para este afán de libre vagabundeo suyo.

"Con lo que tienes, te morirás de hambre... Y además, no lo tienes más que hasta el término de tu carrera... Y eso si no pierdes asignaturas, que lo veo difícil, porque para vivir vas a tener que ayudarte trabajando. Y trabajar y estudiar no es cosa que pueda

hacer una cabeza de chorlito como tú... Yo te advierto, como pariente. Pero eres mayor de edad, y me lavo las manos... Si alguna vez quieres volver, puedes hacerlo. Pero aquí hay que someterse, ya lo sabes... A cambio de eso no te he tratado tan mal, me parece. He cuidado de ti como Dios manda, y he cultivado la única buena disposición que tienes, que es el piano... Si por ahí te hubieras encaminado, otra cosa sería..."

Con este discurso, o algo parecido, se habían separado tía y sobrina algunos años antes.

No, no la había tratado mal aquella imponente doña Micaela. Había vivido con ella en una casa oscura, lujosa y confortable, y como hija de aquella casa había sido tratada. Pero Rosa prefirió morir de hambre, y en su alegre pobreza juvenil fue muy feliz. Jamás había sentido tentaciones de volver a casa de doña Micaela, ni siquiera cuando la iba a visitar, y la señora, con cierta ostentación, hacía sacar para ella una espléndida merienda.

— Es una lástima que todo esto — solía decirle doña Micaela achicando un poco los ojos y señalando con la mano el mobiliario, los bellos cuadros antiguos, las alfombras —, que todo esto, cuando yo me muera, pase a manos extrañas por no tener a nadie querido a quien dejárselo. Por no tener a nadie que lo sepa apreciar.

— Ya es bastante con que lo disfrute usted, tía...

— Bueno, bueno... Ahora que has merendado, espero que por lo menos tendrás la amabilidad de tocar un poco el piano. ¿No?

— ¡Ya lo creo!... Aunque no sé qué gusto puede sacar de oírme tocar.

— Mejor es oírte tocar que charlar. Además, así me duermo, que con los insomnios que tengo no me hace poca falta...

Quien salía de aquellas visitas con un sueño tremendo era la propia Rosa. Pero reflexionaba que, en verdad, las cosas interesadas se pagan siempre, y que buscaba el interés de un chocolate y unos bollos reparadores de sus energías en la visita a la tía Micaela. Se espantaba de pensar, a veces, que algunas personas, en su caso, hubieran sido capaces de perder no unos ratos, de cuando en cuando, sino lo más hermoso de la vida, la juventud, la alegría, para recibir a su debido tiempo aquellos muebles tan apreciados por doña Micaela, la plata de los aparadores, la porcelana de las vitrinas y la renta que sostenía esta casa con criados y con lustre.

Exagerando este horror, le parecía ya que los años que vivió allí, desde la muerte de sus padres hasta su mayoría de edad, fueron espantosos y atormentadores, y las atenciones que la señora tenía con ella, aquellas atenciones que le hacía aceptar a la fuerza, y que consistían en desayunar en la cama apenas estaba acatarrada, vestirse "muy bien", con telas y hechuras escogidas —y regaladas — por la misma señora; hacerla acostarse a la hora de las gallinas para que no se debilitase su salud, y tomarse a media mañana una yema de huevo con vino de Jerez, porque para el gusto de doña Micaela siempre estaba demasiado flaca... Todo aquello, en fin, que la envolvía y la amparaba cálidamente, como las gruesas cortinas de la casa, se le representaban humillaciones de la riqueza que tanto apreciaba su tía. Por reacción, la pobreza, la sencillez espantosa de la vida que se había creado, le parecían llenas de encanto.

— Has tirado por la ventana una fortuna bastante respetable.

Esta advertencia se la hacía su tía cada vez que las dos se encontraban.

"¡Y con qué gusto!", pensaba Rosa. Pero no lo decía, porque doña Micaela no lo hubiera entendido nunca. Ni siquiera el mismo Rafael lo entendía del todo, aunque si él la había amado era por ser como era, libre y desprendida, generosamente alegre; por haberle llevado las manos vacías, la despreocupación del porvenir y la sonrisa abierta. "Hay dos clases de pobres — pensaba Rosa aquella mañana, al comenzar su vacación, mientras un autobús la iba llevando hacia el centro de la ciudad —. Los pobres que lo son a la fuerza y los que, como nosotros, estamos encantados de serlo, de sentirnos libres siéndolo. Los pobres de espíritu..."

El autobús iba atestado de gente. Era el mismo que Rosa cogía todos los días para ir a su oficina, y era la hora de comenzar el trabajo. Aún olía aquella gente a jabón y agua fresca; aún estaban alisados aquellos cabellos y sin cansancio los ojos que Rosa miraba. Ella sabía que, unas horas más tarde, el sudor, el calor espantoso volvería pálidas aquellas caras, y que los trajes de las mujeres estarían más arrugados.

Rosa los miró a todos; a todos sus compañeros de trayecto, con sus brillantes ojos, excitada. Tenía ganas de decirles que en el hilo de sus pensamientos había descubierto nada menos que el sentido de una de las bienaventuranzas.

"Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los Cielos."

Se avergonzó de la idea absurda de comunicar esto a todas las personas que allí estaban. Quizá lo sabían mejor que ella; quizá lo habían entendido desde el momento en que los prepararon para la primera comunión. Quizá jamás se le había ocurrido pensar, como a la misma Rosa, que "pobre de espíritu" quiere decir persona de pocas luces, y no tiene otro sentido, el sentido que ella acababa de encontrar: Pobre de espíritu, persona que en nada estima la riqueza...

Pobre de espíritu, y no "pobre" solamente, porque el pobre de espíritu puede poseer muchos bienes, pero nunca estará sujeto por ellos, nunca los querrá, y en cambio, una persona pobre puede estar sujeta, angustiada, agarrada por riquezas que codicia...

— ¡Va muy contenta, guapa! ¡Quién pudiera acompañarla!

Este inesperado piropo del cobrador, en el momento en que ella bajaba del autobús, la regocijó.

¿Qué pensaría aquel hombre, de la bienaventuranza? Se imaginaba que, el pobre, se llevaría una sorpresa tremenda si supiera cuáles eran los pensamientos que la hacían sonreír.

"Sin la menor duda, me consideraría idiota."

Se había bajado frente a un gran parque, desde cuya arboleda venía frescura, olor a flores que aún no había agostado el día... Era como entrar un poco en el campo que anhelaba andar por aquellos paseos recién regados.

"...De ellos será el reino de los Cielos."

"Un poco mío — pensó con orgullo humilde—, un poco mío sí que es el reino de los Cielos, ya, aquí, en la tierra."

De los pobres de espíritu es también la riqueza; son los que, apenas la tienen en sus manos, pueden darla a otros, pueden cambiarla, pueden hacer con ella lo que quieren, porque no la aman y no les da pena perderla. Rosa había traído en su bolso bastante dinero que quería gastar. Ya, la noche anterior, había dado a un amigo, el pesado pianista "genial" que los visitaba tan a menudo, y que les obligaba a oír sus conciertos, parte de aquellos billetes recién adquiridos. Fue un gran placer hacerlo, porque el

pobre hombre andaba muy mal... Por esto había tenido una ligera discusión con Rafael.

— Hay que ser un poco más prudente, niña; date cuenta de que yo, hasta octubre, no puedo entrar a trabajar en ese sitio que me han prometido...

Rafael sufría un poco con este despilfarro suyo. Quizá, en efecto, era más prudente que ella y, en muchas cosas, más bueno. No había que olvidar que tenía al niño... Pero no era por esto sólo, sino por mil cosas, mil detalles que deseaba y no tenía, por lo que sufría Rafael... Quizá llevaba camino de ser pobre de espíritu algún día, pero por ahora no lo era del todo. Y sufría. Porque el deseo de las cosas de la tierra da sufrimiento y es un pequeño infierno que nada apaga. Se sufre siempre. Porque según se van consiguiendo, otras nuevas se hacen desear, y todas, una vez logradas, decepcionan y parecen miserables... Aquel dinero, por ejemplo. Dos días antes, cuando era sólo una posibilidad, les parecía fabuloso... Ahora resultaba, ya, muy poco...

Rosa recordó la cara de preocupación de su marido la noche antes. Él sufría. Quizá con el piano de cola, que aquella misma mañana se llevarían de la casa, él perdía algo que había estimado mucho. Quizá también, allá en su fondo, ella no era tan libre como aparentaba y también le tenía apego a aquel mueble lujoso. ¿Por qué no había querido entrar en el salón, si no?... Sólo por no verlo.

"¡Pobre Rafael! ¡Pobre amor mío! ¡Quién nos lo iba a decir cuando nos cayó encima ese piano, por la voluntad de la terrible Micaela!..."

Rosa dijo estas cosas en voz alta, ensimismada, con una mezcla de burla y de ternura en su entonación. Burla y ternura que se referían a Rafael y a ella misma. No se daba cuenta de que, en aquel paseo sombreado del parque, estaba sola. Absolutamente sola.

CAPITULO V

Rafael se había llevado un disgusto de verdad con aquella disposición del testamento de la tía Micaela, en que les dejaba el hermoso piano de cola como única herencia.

Rosa se había reído hasta saltársele las lágrimas, y apreció más a la difunta señora.

— ¡Quién hubiera dicho que mi tía era una bromista!... Nunca lo hubiese pensado.

— ¿Bromista? ¿Llamas bromista a dejarte en la calle?

— Yo escogí estar en la calle.

— Pero te has portado con ella, en su última enfermedad, como una hija...

— También ella se portó como una madre conmigo, cuando yo viví en su casa... Hizo todo lo que pudo por mí, a su manera, que no era la que a mí me gustaba... Yo le he correspondido a mi manera, llegada la ocasión. Estábamos casi en paz. No tenía ni por qué haberme dejado el piano...

Era muy difícil hablar con Rafael en aquel momento. Paseaba, excitado, por una habitación pequeña, donde tenían instalado el comedor. Con su alta estatura, con sus cabellos rizados, que se le rebelaban, lo llenaba todo.

— ¡Una bromista!... Una miserable, diría yo... Cuando nació el niño, ni una ayuda... A pesar de eso, has ido a cuidarla, te has pasado noches a su lado... Y luego, ¿qué?... ¡El piano de cola!

Era inútil decirle a Rafael que él había visto con agrado aquella abnegación de Rosa para con su tía. También Rafael había ido a visitarla en el curso de su enfermedad. Y hasta había sido él quien había ofrecido servilmente —sabiendo la manía de la vieja señora — que Rosa tocara el piano para ella de modo que pudiese oírlo a través de la puerta de comunicación.

La tía Micaela estaba en la cama como en un trono. Incorporada sobre almohadas, que tenían cubiertas de hilo fino, muy bordado. Con su cofia de encaje sobre los cabellos blancos, con la cara desencajada por la enfermedad, pero con los ojos brillantes de malicia. Apenas levantó un poco la mano que abandonaba sobre la colcha.

— No... No... Ya tocará Rosa el piano cuando yo me muera; para ella ha de ser... ¿Verdad, hija mía?

Rosa, ceñuda, junto a la ventana, no había respondido entonces ni una palabra.

También Rosa, en aquellos días, creyó, por estas alusiones, que la tía les iba a dejar herederos. Y cuando Rafael aludía a ello, callaba. No por temor a un chasco como el que luego se habían llevado, sino por temor, precisamente, a aquella herencia. Habían sido tan felices desde que se casaron, con aquel pan de cada día, que ganaban trabajosamente... Felices en la obscuridad, felices con los amigos íntimos, sinceros, que compartían con ellos la conversación y los apuros económicos.

Felices con el hijo que se turnaban a cuidar, que les costaba tanto, que por eso era más suyo. Felices con cualquier modesta alegría, porque cualquier diversión les era un sacrificio y un sueño antes de realizarla... ¡Y Rafael hablaba, como puede hablar un niño, de aquellos millones que les iban a caer encima! Hacía proyectos; maravillosos algunos, en verdad, pero otros que a Rosa le daban miedo.

Rafael hablaba de largos viajes; pero más que nada parecía importarle el que en el transcurso de aquellos viajes Rosa y él pararan en hoteles caros.

— Serás una mujer elegantísima... Serás mi orgullo. Rosa sabía que en aquellos hoteles ella no sería el orgullo de Rafael, si él cifraba este orgullo en su elegancia. Rosa sabía que ella no era elegante, ni lo sería nunca, por mucho dinero que tuviese; entre otras cosas, porque le importaba demasiado poco para procurarlo.

— Tendremos una casa de maravilla... Reformando ésa en que vive tu tía, quedará hecha un verdadero palacio... Y quiero tener un mayordomo, y un ayuda de cámara, porque eso viste y da tono... Y...

— Podremos regalarle el piano al pobre Jacinto — interrumpía Rosa, recordando al pianista amigo.

Rafael se molestaba, silenciosamente.

— No sé qué va a hacer el pobre con él... No tendría nunca dónde meterlo.

— ¿No has pensado nunca que nosotros podremos hacer que tenga donde meterlo?... ¿No has pensado que si tenemos dinero, este dinero será también para nuestros amigos?...

Rafael la miraba entonces con una expresión difícil, como si se le ensombrecieran aquellos ojos azules, cuya claridad era para Rosa algo que amaba más que ninguna otra cosa en la tierra.

Al fin, Rafael le sonreía, y su sonrisa provocaba la muy vacilante de ella.

— Eres muy niña, Rosa... Eres sorprendentemente niña para tu edad y para lo que has vivido... Porque no se puede decir que hayas sufrido. ¡Válgame Dios!... Te he visto

hacer los trabajos más duros sin quejarte nunca... Barrer, fregar, ir a la oficina, con nieve o achicharrándote... ¿No estás harta de eso?... Ahora te llega tu momento... ¡Y no piensas más que en ese degraado Jacinto, que nos da la murga con su charla sobre música y sobre tu talento extraordinario!... No piensas, que tienes un hijo a quien educar...

— A mi hijo no le hace falta ser millonario.

— Me vas a enfadar, Rosa. No he visto a nadie más irrazonable que tú... Por una vez en la vida me vas a obedecer cuando nos llegue esa herencia... por una vez en la vida te protegeré contra esa estupidez innata que tienes...

Sí; las discusiones más duras, más violentas de su vida de casados fueron las de los días en que esperaban la fabulosa herencia. Las discusiones en que se dicen cosas hirientes, cosas que estropean los recuerdos y el cariño. Parecía que Rafael y ella se odiasen. Y casi lo odiaba Rosa cuando él decía...

— Rosa, trataremos con todo lo mejor...

— ¿Con "todo lo mejor"?... Y ¿qué entiendes tú por todo lo mejor?... ¡Que yo tenga que oír esas imbecilidades de tu boca, Rafael...! ¡Que seas tú quien sólo al pensamiento de tener dinero ya haces traición a los amigos con quienes te ves todos los días, a los que acudes en tu necesidad!

— Y que acuden a mí...

— Y que acuden a ti, claro está... A los amigos que soportan las lecturas de tus obras porque son tuyas...

—Me estás llamando imbécil.

— Sí, imbécil y desagradecido. Eso te estoy llamando.

Una de aquellas noches en que discutían, Rafael cogió la puerta de la calle y no volvió hasta el amanecer... Rosa lloró amargada y rendida. Jamás le había sucedido cosa semejante. Los dos se volvieron a ver, avergonzados y heridos uno por el otro. Se pidieron perdón y estuvieron varios días tristes, sin querer hablar de sus pensamientos. Huyéndose. Parecía que una gran tragedia gravitara sobre la casa, y era sólo la posibilidad de una herencia grande.

Rosa perdió su sueño tranquilo, al lado del inquieto y pesado de Rafael. Ella sabía que era injusta al acusar como lo hacía a su marido. Sabía que él, con la riqueza, no dejaría a un lado a los amigos queridos de los malos tiempos. Sabía que Rafael era generoso y bueno... Sabía todo esto, pero sabía también que sólo el pensamiento de ser rico le volvía peor de lo que era. Sabía que era muy difícil que sus vidas transcurriesen en aquella divina paz, divina alegría y generosidad que les daba la pobreza. Lo sabía o lo temía. Por eso no podía dormir.

— Ya puede agradecer tu tía lo que haces por ella; te estás quedando en los huesos con ese ir y venir a su casa...

Ésta era la protesta de Rafael delante de sus ojeras y su palidez. Pero ella sabía que si no le decía "No vayas tanto" era sólo porque, secretamente, esperaba...

Y esta espera le llenaba de angustia.

Por eso fue como una respuesta a estas tensiones, a estas inquietudes, aquella risa que le entró al enterarse de la broma de doña Micaela. Aquella risa que enfadaba a Rafael, y que ella no podía contener, allí, en el estrecho comedorcito de su casa.

Rafael acabó yéndose a su despachillo, cerrando con violencia la puerta de comunicación, y ella se quedó quieta, junto a la cuna del niño, que entonces era muy pequeño, secándose las lágrimas de aquella risa incontenible.

Luego había suspirado, ésta era la verdad. A pesar de todos sus temores, también ella había hecho proyectos luminosos con aquel dinero que se le escapaba de las manos. Pero le consolaba pensar que no había cuidado a la vieja señora por ningún interés que no fuese el de corresponder a su hospitalidad de años.

Cuando pensaba estas cosas, junto a la ventana, al lado de Pablito dormido, se volvió a abrir la puerta de comunicación y apareció, de nuevo, la rubia y rizosa cabeza de Rafael.

— Además, no tenemos sitio en esta casa para ese armatoste... ¡Si no sabe uno qué hacer con él!... Lo venderemos inmediatamente por lo que nos den...

— Se lo podemos regalar a Jacinto, el pianista... Ya encontraría él la manera de agrandar su casa para recibirlo... Incluso, si quieres, nos lo podría ir pagando a plazos... Para él sería como un regalo y para nosotros una pequeña renta...

Rafael se calmó.

— No... ¿Sabes lo que estoy pensando?... Que la casa quedaría desconocida si tirásemos el tabique entre este comedor y mi despacho. Podíamos vender estos muebles, que son tan feos, y como la obra es barata, con eso habría para pagarla... Yo no necesito despacho. Con una mesa habría bastante para comer y para escribir yo... Quedaría una habitación bonita de verdad, con dos ventanales, uno a la calle y otro a la terraza...

Y sólo con poner el piano en ella ya tendría un empaque..., ¿eh? ¿Qué te parece?

A Rosa le parecía bien. Le parecía maravilloso. Miró a Rafael, y fue como si después de mucho tiempo volviese a recuperarlo... Hicieron proyectos, juntos, para el arreglo de aquella habitación, y días más tarde los realizaron.

La habitación quedó bonita. Fue bautizada pomposamente con el nombre de salón. Un pintor amigo regaló cuadros para las paredes. El pianista dio un concierto para inaugurar la entrada del gran piano.

Y quedó acordado que todas las semanas se daría allí el concierto de Jacinto. Todas las semanas se celebraron reuniones alrededor de la música. Y el salón era un sitio amplio, agradable y bello también, gracias, en gran parte, al piano... Sí; el piano, que había sido tan mal recibido, llegó a hacerse algo así como un símbolo en la casa.

Cuando Rosa volvía de la oficina, le gustaba tocarlo, ante la admiración de su hijo y el agrado de Rafael. Era curioso: le parecía que lo hacía mejor, con más sentido que antes; disfrutaba... También cuidaba más de su casa. Le parecía una cosa más de verdad desde que tenía aquella bonita habitación, con el lujoso mueble en ella. Algunas veces, hasta hizo el sacrificio de privarse de cigarrillos para poder poner flores en el salón. Le daba gusto verlo desde la puerta, disfrutarlo, con Rafael. Sabía que a él también le gustaba.

En aquellos años la vida había sido muy feliz. No podía quejarse. Se sentía colmada. Sufrieron vaivenes, dificultades económicas, al parecer insuperables. Hubo alguna vez que, sin decirse nada, miraron hacia la puerta del salón donde se guardaba lo único valioso que poseían en el mundo... Pero todo se fue arreglando; y jamás, jamás, hasta un mes antes de este día en que Rosa se permitía el lujo de vagabundear por un parque

público a las horas de oficina... Jamás hasta entonces se les ocurrió la idea de hablar en serio de la venta del piano.

CAPITULO VI

Al llegar allí, Rosa no quiere pensar más. Tiene derecho a no pensar, le parece, en esta mañana de oro. El cielo, por encima de los árboles, presenta un velillo gris de calor que da sed.

Es una mujercita delgada, vestida con un traje de hilo verde, que ya tiene tres veranos, la que sale del parque y empieza a caminar por las aceras, llenas de gentes sudorosas, de la gran ciudad.

Cuando anda, Rosa parece que lleva un ritmo íntimo y fresco en el gran calor del día. Unos obreros levantan los adoquines de la calle, y ella los mira, envueltos en polvo, quemados por el sol. Mira el trabajo de sus brazos y sus caras oscuras, sin darse cuenta de que también a ella el sol la quema, que las puntas rizosas de sus cabellos castaños llamean rojizas.

Se va. Cruza una calle. El aliento frío de los portales le encanta al pasar junto a ellos. En medio de un cruce, un guardia urbano, uniformado, solemne, aguanta, impertérrito, el fuego solar; a su lado, una sombrillita de nada es como una mariposilla que quisiera darle alivio sin poder hacerlo. Y también esta visión entretiene a la mujer vagabunda y y parece que le da fuerza.

A poco, la alegría, la misma alegría inconsciente que le hacía bajar como una loca las escaleras de su casa aquella mañana, vuelve a apoderarse de ella y la llena toda. Tiene sed, y bebe un refresco en un puesto callejero, y siente como si una nieve derretida y gozosa le aliviara la sangre.

Empieza a fijarse en los escaparates de los comercios y una locura dichosa la llena toda; comienza a hacer compras. Hace que anoten la dirección para los envíos. Compra atuendos de verano para Rafael y Pablito; juguetes. Luego, libros. Hacía mucho tiempo que no podía comprar libros. Delante de las estanterías cargadas de tomos pasa mucho rato.

El olor le recuerda al de sus tiempos juveniles, a principios de curso, cuando los textos aún sin abrir parecían prometerle mundos maravillosos de interés, de trabajo dichoso. No sabe Rosa por qué después de aquellos primeros arrebatos de entusiasmo no fue ella capaz de amar a los libros como debía. No sabe por qué desperdició tantas horas que debía dedicar al trabajo en paseos sin rumbo fijo, como el de esta mañana; por qué la vida la llamaba tan poderosamente siempre. Por qué en primavera, cuando son amargas y excitantes las velas de los estudiantes, a ella le distraía el olor a hierba nueva, que venía por sobre toda la gasolina y el asfalto de la ciudad a cosquillar, deliciosamente, su nariz... Pasó noches en blanco, ésta es la verdad, frente a una mesa donde se abría un libro y un terrible programa que habría que contestar al día siguiente. Pero en estas noches mismas, cuántos ratos gastados en la ventana, donde el cielo se volcaba, suave y luminoso, como un jardín de luces. A cada momento le parecía ver nacer una estrella nueva. A cada instante, muchas morían, cayéndose a los espacios en una vertiginosa, instantánea caída de luz.

Cuando empezaba a amanecer, en aquellas noches, Rosa envidiaba a los primeros trabajadores, a los que conducen los primeros carros misteriosos en el alba. A los que vienen o van hacia las anchas carreteras entre los campos... Aterrada, se volvía, de pronto, hacia los libros, y así, muchas veces se durmió sobre ellos a la hora del amanecer.

Ahora, comprar un libro es un lujo tan grande que le tiemblan las manos. No quiere que se los envíen, quiere llevarlos ella misma, en seguida, ver la cara de Rafael al desempaquetarlos. Tiene derecho a este goce, porque últimamente ha sufrido tanto que es ahora, cuando ha pasado todo, cuando se da cuenta de lo que ha sufrido. Ahora, cuando nota que las rodillas le tiemblan a veces con una debilidad extraña; ahora, al mirarse al espejo, descubre unas arruguillas que estos meses le han ido trazando, en la frente y junto a la boca, como un deseo cruel de que no los pueda olvidar jamás.

Rosa, sin embargo, quiere olvidarlos, puesto que están pasados y fueron tan duros; pero mientras compra los libros, aquellos meses le vienen a la imaginación, aunque no enteros, ya que ella los ahuyenta; vienen en imágenes rápidas... Sólo cuando Rosa asimila estas imágenes de tal manera que, al pensarlas, le sirven de alegría mayor, para darse cuenta de que la misma criatura hundida que aparece en ellas es esta Rosa de los ojos brillantes que pregunta al vendedor por las últimas novedades, sólo cuando al pensarlas siente una dicha de resucitada, las imágenes desaparecen.

Después de todo, ¿ha habido tanto sufrimiento? ¿Es real el sufrimiento que ya ha pasado?

Si Rosa quisiera explicar lo que han sido estos meses pasados sólo diría: "Hemos tenido enfermedades graves en casa..."

En realidad, ya lo ha dicho alguna vez; lo ha dicho en la oficina, por ejemplo, y se han quedado mirándola con cierto rencor.

— Hija, por poco te apuras tú; bien está lo que bien acaba... O ¿es que te creías que vosotros no podíais enfermar nunca?

Sin embargo, aquella Rosa que se inclinaba sobre la camita de su niño a principios de año no se parece a la de esta mañana. Aquélla tenía las espaldas encorvadas de cansancio y ojeras grandes, terrosas, bajo los ojos sin brillo.

— Lo que tiene ese niño es mimo.

Esto había dictaminado la criada Luisa, recién ingresada en la casa. Recién venida de un pueblo, que le había dejado en las mejillas todo el buen color que dan los aires campesinos. Luisa desaprobaba terminantemente la educación de Pablito.

Lo que tenía el niño era muy grave. Tan grave, que Rafael y ella, con los ojos llenos de espanto, se negaban a admitirlo. Les parecía imposible que aquel niño, derecho como una palma y alegre, y, sobre todo, de ellos, de su sangre joven, tuviese meningitis. Aquélla era una sentencia de muerte que les ennegrecía el corazón y los volvía locos de angustia.

Era una lucha con la muerte, y era la desesperación de buscar dinero, de pedir adelantos y préstamos para aquella lucha.

Un día de nieve, salió Rosa de su casa, corriendo. No había nadie para verla en la calle silenciosa, donde el hielo y el fango se revolvían bajo sus pies; pero quien la hubiese tropezado hubiera creído encontrar una aparición o una demente. Iba sin abrigo, con la misma chaquetilla que tenía en su casa, sin sentir el frío, sin fijarse en

nada. Al menos, entonces, ella tenía una sensación de pesadilla y de ceguera, pero más tarde recordó, con asombro, el color plomizo de la tarde, y cómo le deslumbró la nieve de un tejadillo, a la que alcanzaba un perdido rayo de sol poniente y que se convertía en un incendio.

Llevaba el nombre de una calle cercana a su casa y el número de un edificio prendido en la memoria. Se los repetía obsesivamente. Era una casa casi tan modesta como la suya. Golpeó la puerta de aquel piso que buscaba... Al pronto no respondió nadie. Por primera vez desde que emprendió su carrera loca, Rosa sintió desfallecerle el corazón. No había ni soñado que los habitantes de aquel piso pudieran estar fuera. Golpeó otra vez, y otra. En aquella especie de demencia en que estaba metida, estaba dispuesta a golpear hasta que le saltase la sangre de los nudillos.

— ¿Está loca? ¿Qué quiere?

La puerta se le había abierto de repente y otra mujer estaba delante de ella. Una mujer vestida de negro, en la sombra.

— Se me está muriendo mi niño... Rosa dijo esto con suavidad, ya rendida.

La mujer de la sombra se echó a llorar.

— Y ¡a mi!... ¿A mí viene a decírmelo...?

Las dos estaban rendidas. Las dos en la puerta. Rosa sabía que a aquella mujer se le había muerto un niño, pocos días antes, de la misma enfermedad que tenía el suyo. Lo sabía por el mismo médico. Y sabía que le había quedado intacta una cantidad de estreptomycin que bastaba para intentar un tratamiento a Pablito. En aquellos tiempos esta medicina no sólo era costosa, sino difícil de encontrar.

— No tenemos dinero ahora, pero es cuestión de intentarlo en seguida, ¿sabe? Ya la pagaremos. Le juro...

La mujer bajó la cabeza.

— Pase.

Así fue todo; tan sencillo. Estar unos minutos en una salita triste, bajo la luz de una bombilla amarillenta y pobre, y ver venir otra vez a la mujer de ojos enrojecidos, que, de pronto, se echó en sus brazos, llorando.

— No se trata de pagar... No me tiene que pagar nada, por Dios; llévesela en seguida... Pero le digo, pobrecilla, que es inútil... Todo es inútil, no se haga la ilusión de que se le va a curar, porque no curan; se le mueren a una sin remedio..., haga caso a quien lo sabe.

Rosa lloraba también, aterrada. Pero un egoísmo duro, ardiente, le hacía rechazar los brazos de aquella mujer. Casi le pegaba en el afán de irse junto a su niño. La otra lo entendió en seguida y la empujó, con suavidad, a la puerta.

— No venga más, ¿me oye? No quiero que me pague... Si se cura su hijo, ni quiero saberlo, y si se muere, tampoco.

Rosa comprendía. No sabía qué decir ni cómo irse corriendo, como deseaba. Empezaba a bajar la escalera y sentía aún la presencia de la otra madre en la puerta. De pronto oyó su voz:

— Oiga..., ¿qué edad tiene el niño?

Rosa había alzado la cabeza. Contestó ahogadamente:

— Cinco años.

La mujer suspiró. Rosa no se atrevía a continuar bajando los escalones.

— El mío, siete... Dos años más que usted lo he disfrutado...

Rosa, angustiada, quedó unos minutos, parecidos a una pesadilla, queriendo atisbar las sombras de la escalera. No veía ya a aquella mujer vestida de negro entre la oscuridad. De pronto oyó la puerta de su piso, cerrándose.

Sin embargo, el niño curó. Allí estaba ahora en casa, ilusionado, con sus vacaciones campesinas. Allí estaba.

De aquella enfermedad salieron todos con caras espectrales. No sólo el niño, sino también sus padres. Solamente Luisa conservaba su voz fuerte, sus ojos duros, sus colores.

Mientras la enfermedad duró, las energías de ellos para buscar dinero fueron inagotables. Ahora estaban rendidos, llenos de deudas. Ahora miraban alguna que otra vez hacia la puerta del salón. Rosa, con mucho trabajo, le dijo a Luisa que en algún tiempo no podrían pagarle; que, naturalmente, podía irse, si lo deseaba.

Entonces la mujer se plantó en jarras, despreciativa.

— Oiga usted, ¿por quién me tomó? ¿Es que cree que yo no tengo caridad, o qué?... Eso no lo hace la hija de mi madre por nada del mundo...

Rosa, desconcertada por la actitud feroz, creyó que Luisa se negaba a marchar sin que le hubiesen satisfecho hasta el último céntimo de su deuda. Pero resultaba que lo que no quería era abandonarlos. Desde entonces tuvieron que tolerar sus familiaridades. Pero las toleraban con gusto. La querían. Algunos días llegó a mezclarse en las veladas de ellos, en el salón. No se sentaba. Se quedaba de pie, contando historias de su pueblo y de casas donde había servido...

— Pues, sí, señora; cuando yo vivía con mis hermanas, las cuatro buenas mozas, aunque esté mal decirlo, tuvimos una pretensión para casarnos, que no la logramos, saben ustedes, porque el pretendiente..., vamos, no era cabal...

A Rafael, a veces, le hacían gracia estos cuentos, y animaba a Luisa:

— Y ¿cómo era eso, mujer? ¿Un pretendiente para las cuatro?

—Y usted, ¿qué se imagina, señorito?... Todo se iba a hacer con decencia. Nosotras tenemos una poca de tierra que nosotras mismas cultivamos, y unas ovejas y unos guarros, y pare usted de contar. Y allí un hombre no está de sobra, pero como somos así, tan cortas, y no íbamos a ningún lado...; al menos, mis hermanas, que yo, siempre, por temporadas, anduve sirviendo... Pues mire, solteras, y a mucha honra, todas, porque a honradas y decentes, nadie nos gana...

— ¿Y el pretendiente...?

— Pues mire, el hombre andaba huido y le dimos trabajo... Y nos empezamos a dar cuenta que el hombre servía y que era bueno tenerlo en casa, y era bueno asegurarlo y no tener que darle jornal. Así que un día lo llamamos y le dijimos que lo apreciábamos y que escogiera, y que lo pensara, que todas estaríamos gustosas de que la boda fuera con la que él quisiera, y que nosotras no lo tomábamos a mal ninguna... Y si ustedes lo hubieran visto; el hombre parecía que no acababa de creerlo, y allí estaba, con los ojos bajos, delante de mi hermana Timotea, que es la mayor y la más buena moza de las cuatro, que llega a pesar bien sus cien kilos... Tanto, que nosotras creíamos que sería a ella la que escogiera, porque mejor proposición no se le podía presentar en la vida al mocito aquél, que, como digo, no será cosa de mucho, pero algunos cuartillos sí tenemos, gracias a Dios, y el hombre era un desgraciado que andaba huido, y se le

recordamos muy bien, que mi hermana Timotea no tiene pelos en la lengua para recordar estas cosas... Claro que, honrado y trabajador era, que si no, no le hubiésemos hecho la propuesta...

— Bueno, y ¿qué pasó?... ¿Elegió a alguna?...

— ¡Qué más hubiera querido el desgraciado!... Ya le dije que no era hombre cabal; vamos, que resultó ser de esos hombres que no sirven; no sé si me entenderán. ..

— Sí, sí, entendemos. Y ¿cómo lo averiguaron?

— Anda... Pues no fue nada difícil... Resultó que después de oírnos, que dijo muy manso que iba a pensarlo bien, porque nunca hubiera supuesto que nosotras miráramos para él con tan buenos ojos. Y se fue a dormir, que era de noche. Y nosotras también nos acostamos, muy tranquilas, la que más y la que menos pensando que era hombre macho, como por las vistas parecía... Y al día siguiente, venga llamar a Juan, que se llamaba Juan, y que no apareció por ningún lado... Total, que el muy gallina se escapó con lo puesto, que ni nos reclamó el jornal, de vergüenza que tenía... Y que no dimos más con él, y de esto hace tres años justos y cabales...

Sí; a Rafael le hacían gracia estas cosas de Luisa algunos días, y se reía mucho. Pero otras veces, Rosa sabía que él no podía ni soportar el olor a cocina que les venía impregnado en el delantal de la mujer, y entonces ella se levantaba y se iba a la cocina con la criada. Cuando estaban en la cama, único lugar adonde no los perseguía la familiaridad de la muchacha, Rafael se quejaba agriamente a Rosa. Le acusaba de no saber imponer su autoridad con el servicio; de que, de seguir así las cosas, en aquella casa no se iba a poder vivir ya, y de que Rosa tenía que hablarle claro.

— Pero ¿cómo voy a tener autoridad con una persona a la que debemos tres meses de sueldo y que no sé cómo se los vamos a pagar...?

— Eso no importa; ya se lo daremos... Y ese día se va de aquí esa tarasca; ¡ya no la puedo ni ver!...

La irritabilidad de Rafael se hizo tremenda. Rosa lo veía sufrir incomprensiblemente, desmejorarse, tratarla con continua aspereza. Estaba asustada. Un día, tímidamente, le propuso tratar de vender el piano.

— Así no tendrás tantas preocupaciones...

— ¿Estás loca?

Esta contestación de Rafael vino tan cargada de rabia, que Rosa no se atrevió a insistir. Por primera vez en la vida no sabía descifrar los pensamientos y el carácter de su marido... Y es que Rafael era un hombre tan alto y fuerte, daba una impresión de salud tan perfecta, que Rosa podía sospecharlo todo menos que estuviese al borde de una grave enfermedad. Y cuando ésta estalló de pronto, aparatosa, tremenda, Rosa sintió remordimientos amargos por no haberlo comprendido mejor.

Entonces fue cuando Rosa supo que su pequeño y delgado cuerpo era de hierro, que resistía noches en vela y días de trabajo, y supo también que aquella mujer, Luisa, era una especie de tesoro enviado por la Providencia, con toda su rudeza, con todo su mal genio... Rosa sabía que no se separaría nunca de aquella mujer, si esto era posible...

La convalecencia de Rafael fue penosísima, con aquel panorama de desolación económica, negro y sin esperanza, alrededor de ellos.

— ¿Qué importa vender el piano, Rafael? Más bien nos estorba que otra cosa.

Jacinto, el pianista, fue encargado de buscar comprador, y se había vendido, al fin, muy bien. Porque el instrumento era lujoso y bueno.

Recibir el dinero fue una bendición. Parecía que en en la casa hubiera entrado de nuevo la sonrisa. Se pudieron hacer proyectos realizables, proyectos de aquellas modestas vacaciones, que parecían fabulosas... Y ahora, Rosa estaba comprando juguetes, vestidos, libros, olvidada ya de todas las negruras. Sonriente otra vez, aunque tuviera marcada la sonrisa por aquellas arruguillas, casi invisibles, junto a los labios, cerca de los ojos.

CAPITULO VII

Lo que no sabía era el porqué de este desfallecimiento al subir las escaleras de su casa; el porqué de esta extraña sensación en el estómago, parecida a otras ya experimentadas en tiempos de exámenes o cuando necesitaba ir al dentista, que le acometió delante de la puerta del piso.

Llamó. Allí estaban la cara seria, los ojos escrutadores de Luisa.

— Suerte tuvo de venir tan tarde... Ahora mismito se acaban de llevar el piano... No se me quede parada en la puerta... ¿O es que no lo sabía?... ¡Ay, Dios!... Cuando las cosas empiezan así... Nosotros, a Dios gracias, nunca tuvimos que vender lo nuestro... Rosa se repuso.

— No diga tonterías, mujer... Mire, cójame los paquetes; mire, aquí viene algo para usted... ¿No me dijo que lo que más deseaba era unos guantes?...

Luisa quedó como aplacada, y Rosa sintió placer ante el enrojecimiento de aquella cara y el brillo de aquellos ojos.

— Le servirán para el invierno, porque ahora, digo yo, que no querrá usted ponérselos..

— Nunca pensé ponérmelos... ¿Qué se ha pensado? Yo sé apreciar muy bien las cosas buenas... Unos guantes como éstos lo mismo en invierno que en verano visten más llevándolos en la mano, que apretándose con ellos los dedos... Aunque una no haya salido nunca del pueblo, también entiende de elegancias, no se crea... ¡Pablito! ¡Ven a saludar a tu madre!

La puerta del fondo del pasillo, la puerta del salón, se abrió al empuje del niño...

— ¿Paquetes? ¿Qué me traes? Nos vamos al campo ya, ¿verdad?... Ya se han llevado el piano... Ahora ¿se llevarán todo? ¿Es que se lo llevan al campo?...

— Dame un beso...

Desde la cocina —tan cercana que impregnaba el pasillito oscuro con el aroma de los guisos — vino la voz de Luisa.

— Menos mimos... Que éste se ha portado muy mal hoy...

Rosa, sin embargo, lo besó largamente. Hasta que le llegó desde el salón la voz de Rafael llamándola, y entonces se soltó de aquellos brazos agarrados a su cuello. Recogió el paquete de libros y advirtió, suavemente, al niño:

— No vengas...

Rafael estaba en el salón.

— Recojo las cuartillas — dijo, con una voz alegre —, para que esa buena bruja doméstica pueda poner la mesa... He trabajado bastante... Luego te leeré. En este mes del campo te aseguro que termino el libro... Y no es por orgullo, ni por nada, pero yo creo que está bien, muy bien... Yo creo, Rosa, que me vas a tener que felicitar, y que va a ser un éxito.

Rosa también cree estas palabras animadoras. Rosa creyó siempre en el talento de Rafael... Pero no le alegra nada esta charla, en este momento. Casi no la escucha. Tiene los ojos fijos en sus paquetes, como si tampoco se atreviera a mirar alrededor.

— ¡Ah! Paquetes y todo... ¿A ver? Poesía... ¿A ver? Novela... Ensayo... Hija, todos los géneros literarios.

Rafael, olvidado de su propósito de despejar la mesa, extendió los libros sobre ella. Entonces, Rosa, que no podía levantar la cabeza como si la tuviera sujeta por un invisible y doloroso tornillo, vio las morenas, largas manos de su marido, moviéndose, acariciando sus regalos. Luego, los ojos empezaron a dolerle, y aquellas manos queridas empezaron a perder, al mismo tiempo, sus preciosos contornos, su cálida vida, su fortaleza, la llamada que siempre proferían para Rosa.

Al mismo tiempo, también, empezaban a dolerle los oídos, como si estuviera atacada de un extraño mal. No le llegaba la voz de Rafael, aquella voz que venía envuelta en el más cariñoso acento, en el acento entusiasmado y jovial de los mejores momentos de ellos.

De pronto sintió que, fuerte y suavemente, Rafael la cogía por la barbilla, obligándole a levantar la cara hacía él.

— Por Dios, Rosa... ¡Niña! ¿Estás llorando? Estaba llorando. Esto era lo que la oprimía, lo que le dolía en todo el cuerpo, en todos los sentidos, las duras e implacables agujas de aquel llanto.

Rafael veía caer despacio las lágrimas, desde los grandes y bonitos ojos de ella, por las escurridas mejillas hasta la boca.

El llanto afeaba aquella carita de nada. Hacía resaltar las pecas de la clara piel; enrojecía la naricilla imperfecta, algo torcida; envejecía la ancha boca. La boca de Rosa, que estaba acostumbrada al gesto amable de la sonrisa.

Pero Rafael la miraba conmovido, como si en vez de fealdad, aquella crispación dotara al rostro de ella de una extraña luz.

— Nunca te he visto llorar así, sin motivo, cariño mío... Di, ¿qué te pasa?... ¿Has tenido algún disgusto en la oficina? Anda, dímelo.

Entonces Rosa se echó sobre el pecho del hombre y lloró más, inconteniblemente.

Entre sollozos le fue diciendo que ella era muy cobarde, ahora se daba cuenta. Que siempre le había creído a él más débil, y ahora se daba cuenta de que no...

— No he ido a la oficina, no he hecho nada. He gastado dinero como una loca... He estado huyendo de mí misma sin darme cuenta. He estado retrasando, retrasando esta llegada... Y al fin, ahora mismo, he alcanzado a ver cómo se llevaban el piano... Entonces comprendí ¿sabes?, que era de eso de lo que he estado huyendo toda la mañana. De verlo sacar de casa.

Rafael le secaba los ojos. A veces, la estrechaba un poco. Pero, por fortuna, no estaba contagiado de su emoción. Más bien se reía tiernamente.

— ¡Quién iba a pensar que tú quisieses tanto a ese armatoste! A veces se lleva uno sorpresas tremendas. Creía que te sentías feliz esta mañana...

— Y lo estaba... Soy ridícula... Pero ¿no entiendes? Alrededor de él, nuestra vida parecía haberse asentado... No sé; hemos pasado tantos ratos nuestros, con la música... No me explico, pero la vida empezó a adquirir una especie de solidez...

— Bueno; pues mira: ahora tendrás más aún. ¿Qué importa el piano ni nada de lo que podamos tener? Importamos nosotros y nuestra alegría y lo que podamos hacer nosotros. Lo que yo pueda escribir, lo que tú me puedas querer. Comparado con eso, no hay nada, pero nada...

Los ojos de Rosa estaban secos. No sentía ya aquella curiosa opresión que — ahora se daba cuenta — la venía persiguiendo en toda su alegría de la mañana. Se encontraba completamente ajena a la que un segundo antes lloraba. La encontraba (a esa mujer llorona) tonta y sentimental. Sonrió al fin.

— ¡Quién me iba a decir a mí que tú tuvieses algún día que decirme esas palabras!... Rafael se reía también.

— Hace seis años que vivo con una mujer divinamente loca. Y la locura acaba por pegarse...

Entonces Rosa se atrevió a mirar al salón vacío. Y no lo encontró desolado, sino alegre y lleno de luz. Y volvió a pensar, como siempre, que tenía en su vida de la tierra un poco del reino de los Cielos.